

La Argentina, ¿en un punto de inflexión o en el punto de no retorno?*

♦ Por Jorge Liotti

La Argentina se aproxima a un momento único en su historia reciente por la confluencia de tres procesos. El primero, las cuatro décadas de democracia, un aniversario que como ocurre con los caprichos del sistema decimal, genera un inevitable espíritu revisionista. Sin embargo esta vez, más allá del incuestionable logro de haber consolidado un sistema institucional, la mirada retrospectiva encuentra al país en un contexto muy diferente en comparación con el clima que había en 1993, 2003 y 2013, con menos expectativas y más desánimo.

En segundo lugar, la elección presidencial de este año, destinada a ser la más decisiva en lo que va de este siglo. Prima la percepción generalizada de que no se trata de una votación ordinaria, sino que hay mucho más en juego; que no es una mera decisión sobre boletas y candidatos, sino que está sobre la mesa de discusión el rumbo definitivo del país, después de un ciclo de alternancia en el poder que no arrojó los resultados esperados.

Y por último, la situación que atraviesa la Argentina por su prolongado estancamiento económico y la profunda transformación social que experimentó. Estas variables se conjugaron en los últimos tiempos para generar una sensación de extravío y de pérdida de sentido como nación, que acompaña resignadamente una crisis que parece no estallar, sino que se manifiesta como una declinación progresiva e interminable [...].

Estas señales estimulan el ejercicio de tratar de entender las razones por las que la Argentina llegó a este estado. ¿Por qué dejó de funcionar virtuosamente, si es que alguna vez había logrado hacerlo? ¿Fue producto de una matriz institucional disfuncional, o de una dirigencia incapaz que extravió su responsabilidad de liderazgo? ¿Fue la ausencia de diagnósticos acertados, o la instrumentación



ENCRUJADA. Hoy se trata de entender las razones por las que la Argentina dejó de funcionar virtuosamente, si es que alguna vez había logrado hacerlo.

de políticas económicas erradas? ¿Quizás los debates entre industrialismo mercadointernista y agroexportador, o entre fiscalistas y distribucionistas? ¿Fueron las tensiones entre el presidencialismo concentrado y el federalismo provincial lo que impidió generar un ciclo vigoroso? ¿O acaso la oscilación irre-

suelta entre la tendencia al populismo nacionalista y el impulso del liberalismo globalizador? ¿Fue la falta de figuras de mayor estatura intelectual y moral en la dirigencia nacional? ¿O también le cabe la responsabilidad a una sociedad reactiva a los cambios y proclive al *statu quo*, que impidió implementar reformas que

modernicen las normas y las dinámicas productivas? Son muchas preguntas porque son variadas las razones, pero los debates que detonan son útiles para tratar de desarrollar un diagnóstico de múltiples entradas.

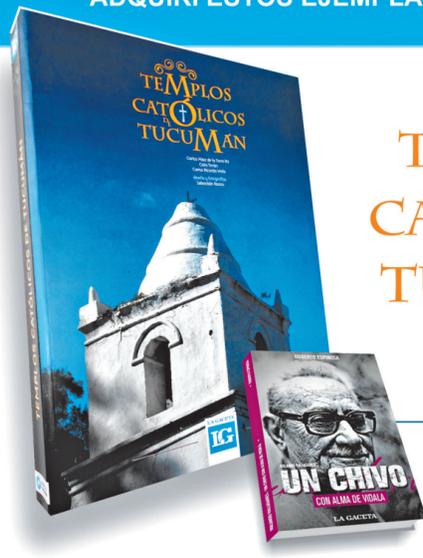
Por detrás de ese ramillete de inquietudes, emergen dos interrogantes deci-

vos, que operan como una interpelación frontal. El primero: ¿cuánta crisis es capaz de soportar el sistema político e institucional sin perder su sentido? No es un planteo destinado a invalidar la democracia como expresión republicana, un trauma que la Argentina afortunadamente ya superó. Se trata de un enigma mucho más profundo que tiene que ver con el riesgo de lesionar su nivel de representación por la imposibilidad de transformarse en un mecanismo virtuoso frente a las demandas sociales. El peligro de convertirse en un dispositivo formal pero vaciado de valor. Lo que el filósofo Santiago Kovadloff define como "reencarnar el ideal del sentido cívico de la Constitución Nacional en la experiencia de la gente". Las instituciones deben evolucionar en letra viva para mantener su significado. Y en ese camino se ha producido un inocultable deterioro. Como decía Enrique Fuentes Quintana, vicepresidente español al frente del área económica en la época del Pacto de la Moncloa: "O los demócratas acaban con la crisis económica, o la crisis acaba con la democracia". El sociólogo Eduardo Fianza hizo una adaptación de ese mismo concepto al plantear: "En 1983 para lograr desarrollo había que tener democracia, y esa es la gesta de Raúl Alfonsín. En 2023, hay que tener desarrollo porque la que está amenazada es la democracia". La irresolución del estancamiento económico y del retroceso social ya no es inocuo para el sistema, porque existe una afectación funcional. Es lo que se expresa en el arraigado descontento ciudadano, y también en la merma en la concurrencia electoral que se evidenció en las elecciones provinciales de este año.

*Fragmento del libro *La última encrucijada. Los dilemas de la democracia argentina* (Planeta)

EDICIONES ESPECIALES LA GACETA

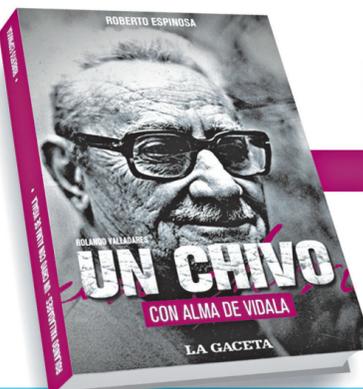
ADQUIRÍ ESTOS EJEMPLARES DE COLECCIÓN



TEMPLOS CATÓLICOS DE TUCUMÁN

Autores: Carlos Páez de la Torre (h), Celia Terán, Carlos Ricardo Viola y Sebastián Rosso

PRECIO \$ 7.800 DE REGALO LIBRO CHIVO VALLADARES



ROLANDO VALLADARES UN CHIVO CON ALMA DE VIDALA

Autor: Roberto Espinosa

PRECIO \$ 3.900 Club 20% OFF LA GACETA

LA GACETA ESTÁ CON VOS

Podes conseguirlos en LA GACETA - Mendoza 654 De Lunes a viernes de 8 a 14 y de 15 a 21 hs.

La espectacularización de la política

♦ Por Jaime Nubiola PARA LA GACETA - ASTÚN (ESPAÑA)

Al comenzar mis vacaciones de verano en lo Alto del Pirineo de Huesca, justo en la frontera con Francia, tomé la decisión de desconectarme por completo de las noticias de prensa —tanto online como en papel— y de televisión. Por ahora lo he cumplido y me parece que he ganado más tranquilidad de espíritu. En las semanas que precedieron a las elecciones generales en España —el 23 de julio— el griterío en los medios de comunicación se hizo a menudo insoporrible. Algunos dicen que hay un enorme «ruido mediático», pero sobre todo lo que hay es un lamentable espectáculo en el que los políticos de partidos opuestos se cruzan insultos gritos y descalificaciones.

De forma semejante, en las últimas décadas el fútbol se ha potenciado enormemente a escala internacional como un gran espectáculo. Lo que está comenzando a ocurrir con la política parece algo similar. Basta ver cómo los incidentes que suceden en la campaña para elegir al presidente de los Estados Unidos ocupan ya un notable espacio en nuestros medios de comunicación, aunque las elecciones vayan a tener lugar dentro de 16 meses y probablemente su resultado, sea cual sea, en poco va realmente a afectarnos. Se trata simplemente de un entretenimiento que llena los noticieros y los medios de comunicación y sirve para distraernos de otros problemas quizá más graves.

Viene ahora a mi memoria una carta publicada en el periódico *La Vanguardia* de Barcelona hace varios años, suscrita por alguien de un país del sureste asiático con un régimen dictatorial. El autor de aquella carta era un gran admirador de Messi y para él —decía en la carta— verle jugar al fútbol era el único espacio de libertad del que podía disfrutar en su pobre país, oprimido por una penosa dictadura. Me impactó aquella carta porque decía algo muy profundo sobre los seres humanos: necesitamos espacios de libertad en los que podamos disfrutar, ya que no podemos estar siempre agobiados por los problemas que nos afligen. Por esto, que el fútbol sea un espectáculo y que arrastre a millones de espectadores y mueva muchísimo dinero resulta, en cierto sentido, algo connatural, ya que en úl-

tima instancia el fútbol es un juego: siempre está abierto a la novedad y a la incertidumbre, ¿cuántas veces el equipo que parece más débil derrota al más potente! Probablemente, esta espectacularización del fútbol —que hace posible que muchos millones de espectadores disfruten en un mismo partido— ha hecho un gran bien a la sociedad e incluso a escala global ha unido más al mundo.

Sin embargo, pienso que no debería ocurrir esto mismo con la política: la organización de la sociedad no es un juego. En una sociedad democrática la legítima competencia entre los diversos partidos políticos para llegar al ejercicio del poder ha de estar sometida a reglas y a árbitros —como lo están los partidos de fútbol en las competiciones deportivas—, pero deben ponerse todos los medios para que la confrontación no degenera en un combate a campo abierto en el que la mentira, el insulto y el desprecio se consideren instrumentos válidos.

En estos días de vacaciones he podido leer el hermoso libro de Rafael Tomás Caldera *El poder y la justicia. Para jóvenes políticos* (Caracas, 2023). Me impresionaba la clarividencia de este pensador venezolano: «Quien confunde la política con una técnica de dominio para obtener ciertos resultados, no es extraño que ceda a la tentación de extender el ámbito y la duración del ejercicio del poder, la tentación totalitaria» (p. 18). Los gobernantes autoritarios —véase el caso de Corea del Norte, China, Rusia o tantos otros— suelen montar todo un aparato espectacular —impresionantes desfiles, aclamaciones multitudinarias, exaltaciones nacionalistas— para enmascarar el dominio que ejercen sobre la población. Quienes vivimos en sociedades más genuinamente democráticas debemos advertir que la espectacularización de la política y el consiguiente control de los medios de comunicación son las vías para que una democracia degenera en tiranía.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).

